

El penúltimo viaje

Qué mala suerte estaba teniendo esa noche, todos los semáforos en rojo. Miré hacia atrás y tragué saliva. Era un quejica, tenía que empezar a quitarme esa costumbre. Podría aprovechar esos momentos de espera para entablar una relación con mi pasajero, aún no le había presentado mis respetos como correspondía.

—Bueno chaval, me han dicho que tienes 16 años y que, a pesar de ello, dibujas como un verdadero artista —miré los papeles que descansaban en el asiento del copiloto para asegurarme de que no me equivocaba con el nombre— Eso está bien, Adrián, los chicos de hoy en día están demasiado enganchados a las nuevas tecnologías.

Al fin brilló la luz verde y me puse en marcha. Apenas hube avanzado un par de metros, un cochecillo de tres al cuarto me adelantó de manera muy temeraria y tuve que pitarle. Algunas personas eran muy supersticiosas, no querían ir a la cola de un coche fúnebre. Pero era curioso que para evitarme se atrevieran a hacer locuras en la carretera. ¡Que imbéciles! Al final, iban a acabar en mi *Mercedes* antes de que les correspondiera.

—Bueno Adrián, como iba diciéndote, que es de admirar que haya chicos como tú que se sigan entreteniendo con un lápiz y un papel —hice una pausa, por si acaso—. Aunque yo he de confesarte que soy un negado para el dibujo, no sé hacer la o con un canuto.

Cuando empecé en este trabajo conducía en tensión, lo notaba en las cervicales al llegar a casa. No era miedo, era incomodidad. No estaba acostumbrado a conducir con traje de chaqueta, a excepción de cuando puntualmente nos invitaban a una boda o similar en la que mi mujer me obligaba a vestir elegante. Y ya ni eso, porque la última boda a la que fuimos como invitados fue una boda hippie en la playa, descalzos y nos hicieron ponernos un collar hawaiano de esos con florecillas de colores. En mi trabajo me obligaba a estar serio porque parecía lo prudente. Sin embargo, un día sin venir a cuento, me puse a charlar sin parar con el difunto sobre el partido del día anterior. Creo que influyó que fuera más o menos de mi edad lo que me incitó a ello. Ese día dejó de dolerme el cuello al llegar a casa, pero después me enteré de que José Ramón,

el difunto al que le había dado la tabarra todo el viaje sobre cómo desde que el Sevilla abrió el marcador, porque yo era *palangana*, no habían parado de hacer buenas jugadas y cómo los verdiblancos se habían tenido que resignar. Pero José Ramón era Bético hasta la muerte, nunca mejor dicho, y ¡manquepierda! Esa noche no pegué ojo, me lo imaginaba revolviéndose en su tumba, maldiciendo la verborrea del inoportuno conductor sevillista. Por eso, a partir de ese momento traté de recopilar suficientes datos del difunto antes de intentar congraciarme con él para no volver a importunarlo de esa manera en su último viaje, al menos su último viaje terrenal.

Al llegar al tanatorio, los padres del chaval se acercaron y observaron pacientes cómo sacábamos el féretro del coche. Luego nos acompañaron en silencio hasta depositarlo en la habitación prevista, tras el cristal. Al darme la vuelta, la madre esbozó una sonrisa lánguida pero cálida y pronunció un “gracias” apenas audible. Al padre ni siquiera le salió la voz y se limitó a asentir con la cabeza, con lágrimas en los ojos. Tenía un bigote espeso, unos mofletes redondeados y rojizos. Además, era bastante más alto y corpulento que la madre, de hecho, ella era más bien menuda, tanto que no parecía caberle en el cuerpo todo el aire que soltó con un hondo suspiro cuando su voluminoso marido se le derrumbó encima y ella acarició tiernamente la cabeza que descansaba en su hombro. Aquella mujer era capaz de sostener a su marido y mantenerse entera. Se me hizo un nudo en la garganta, ¿sería yo capaz? Su joven hijo llevaba más de media vida enfermo. Cuando uno lleva tiempo en el negocio, se va dando cuenta de que, según el tipo de muerte, la fase de duelo en la que se encuentran los allegados varía. No es lo mismo algo repentino que una larga enfermedad. Aún así..., ¿sería yo capaz?

Antes de irme, eché un último vistazo, porque algo inusual llamó mi atención, a la pequeña salita: en las paredes había colgados un montón de dibujos, algunos monocromáticos y otros con pocos, pero vibrantes colores, contrastando con un potente y grueso trazo de tinta negra. Tenían garra, desprendían fuerza y vitalidad. Sonreí para mis adentros: sí que eres un artista, chaval.

Al llegar a casa esa noche, ya bien entrada la madrugada, alguien me estaba esperando con ojos curiosos. Era Julia. Corrió hacia mí y la alcé en mis brazos.

—Sabes que no puedes esperarme cuando trabajo de noche —empujé la punta de su nariz con mi dedo índice.

—Anda papi, cuéntame quién era mientras me llevas a la cama, porfa.

Le dediqué media sonrisa, sabía de sobra que nunca le negaba nada.

—Hoy he llevado a un chico de 16 años, Adrián —la acosté y la arropé con la manta—. Y hace unos dibujos increíbles.

—¿Cómo los míos?

—¡Mucho mejores!

Se tapó la boca con ambas manos como si acabara de decir algo prohibido.

—Verás, puede que los tuyos lleguen a ser también obras de arte de, pero sólo si te esfuerzas y practicas mucho —le di un beso en la frente—. Y para eso lo primero es estar bien descansada, así que será mejor que te duermas inmediatamente.

—¡Pero se me ha quitado el sueño!

—Pues yo tengo mucho y además si sigues hablando vas a despertar a mamá y a tus hermanos.

—Vale, ya me duermo, pero tienes que prometerme una cosa.

Negué con la cabeza.

—Ya sabes que yo no hago promesas, sólo con mamá me salté las reglas una vez.

—Tienes que saltártela una vez más —suplicó seria—, tienes que prometerme que serás tú el que me lleve en el coche.

—Será mejor que cierres ya los ojos si no quieres que me enfade. Descansa, princesa.

Le di un beso y apagué la luz. Aquella petición me cogió desprevenido. Julia sabía de sobra que nunca le negaba nada.

Que buena suerte estaba teniendo esa noche, todos los semáforos en rojo. No quería que se acabase nunca ese viaje. Tampoco que fuese un viaje triste. Después de todo, me eligió a mí por algo.

—Julia, cariño, ¿te acuerdas de lo que nos reímos el otro día jugando a las películas? Tu hermano Rubén acabó enfadado porque nadie lograba adivinar las suyas —sonreí—. Si tú ganaste, fue gracias a mí, no es por alardear, pero en mímica no me gana nadie.

Nunca me había afectado tanto un silencio.

—¿Y el concurso de pelucas? Eso fue un descoque. ¡Marcos es un verdadero payaso! Mamá hasta tuvo que regañarle por ponerse a brincar con la melena rubia por encima de los sofás.

No sé por qué esperaba escucharla hablar de un momento a otro. Me escocían los ojos. Las luces de los semáforos emitían destellos inesperados.

—Hemos hablado mucho todos, hemos tenido tiempo de reflexionar y compartir muchos miedos y dudas desde que te pusiste enferma hace ya cuatro años. Sin embargo, siento que ¡sigo teniendo tanto que decirte! Y, por otra parte, no me salen las palabras. Yo, que hablo por los codos, que me tienen que llamar la atención cuando vamos al cine a ver una película, porque se me escucha más a mí que al resto de los niños. ¡Yo que hablo hasta en sueños! Di un *volantazo* y paré el coche en un lateral, dos calles antes de llegar al tanatorio. Agarré con fuerza el volante y escondí la cabeza entre los brazos.

—Julia, ¡has demostrado una madurez y entereza tan grandes con lo pequeña que eres! Y siempre con una sonrisa. Ojalá yo pueda hacer ahora lo mismo por tu madre y tus hermanos porque no sé... no sé...

Levanté la cabeza y me limpié las lágrimas con el dorso de la mano. Luego suspiré hondo.

—Tienes que hacerme tú ahora mí una promesa —apreté los párpados y los abrí —Prométeme que serás feliz allá donde estés, que seguirás sonriendo y que nos

esperarás, porque volveremos a estar todos juntos. Yo, mientras, te iré contando cómo siguen las cosas por aquí abajo.

Arranqué el coche y puse rumbo al tanatorio.

—¡Ah, una última cosa! —eché un vistazo hacia atrás donde descansaba el bonito féretro— Ha sido un auténtico honor llevarte, princesa.